

Si el gobierno hondureño envía sus ejércitos a combatirnos para provecho del yanqui en las Segovias, proclamaremos la Unión Centroamericana, bajo el nombre de Comuneros Centroamericanos, regida la acción por obreros y campesinos [...]. Tomaremos como campo de operaciones todo el territorio centroamericano [...] También nosotros contaremos con todos los obreros y campesinos para combatir la política yanqui en Centroamérica.
Nuestro movimiento de Unión Centroamericano quedaría desligado de los elementos burgueses [...]

-Augusto César Sandino
30 de marzo de 1931

Adolfo Gilly

La reorganización de la clase obrera latinoamericana.

No pretendo describir en este artículo el curso actual de la revolución latinoamericana o realizar una enumeración de sus luchas por países. Me propongo más bien discernir cuáles son las nuevas bases estructurales sobre las cuales dicho curso se asienta y cuáles en consecuencia los cambios en sus características específicas y en los métodos y las formas para el reagrupamiento y la reorganización de las fuerzas revolucionarias.

Esto explica la forma de tesis, sin extender la fundamentación empírica y analítica de cada punto (y sin la pretensión de que ninguno de ellos en particular diga algo excesivamente nuevo o que no haya sido ya dicho y analizado anteriormente).

Trato de lograr, sin embargo, a través de la combinación-de las tendencias indicadas en cada uno de esos puntos, una imagen lo más aproximada posible del movimiento general del proceso, del entrelazamiento de las varias -causas que lo determinan y de las tareas y opciones que se presentan ante las fuerzas revolucionarias para alcanzar lo que considero el objetivo prioritario de la fase ya iniciada: la reorganización del movimiento obrero y de sus alianzas, la conquista de su independencia de clase con respecto al Estado y a la burguesía en la organización y en el programa, y el desarrollo de las múltiples y siempre renovadas formas de su autoorganización a partir de sus lugares de trabajo y de vivienda.

Esto significa que las siguientes tesis no quieren ser una formulación definitiva, sino sólo la propuesta de elementos de una línea de análisis para la discusión sobre la presente situación latinoamericana que tiene lugar en el movimiento obrero y revolucionario de nuestros países.*

1] CARACTERÍSTICAS DEL CURSO ACTUAL DE LA REVOLUCIÓN

* Elementos previos de este análisis se encuentran en los editoriales de la revista *Coyoacán*, números 1 a 8.

EN AMÉRICA LATINA

La tendencia a la recuperación de las luchas obreras, campesinas y populares en la mayoría de los países de América Latina se afirma como un hecho reconocido. Después de las derrotas de la primera mitad de los años setenta, que culminaron con la catástrofe a que su dirección burguesa peronista condujo a la clase obrera argentina, abriendo el camino a la dictadura militar establecida en marzo de 1976, podemos fijar el inicio de esta inversión de tendencia en la huelga general del proletariado colombiano —la primera de su historia, netamente diferenciada por su carácter de clase de la previa tradición de "paros cívicos" multclasistas— el 14 de septiembre de 1977. Eran ya visibles entonces los síntomas de declinación de la dictadura brasileña.

Al movimiento colombiano siguieron las huelgas del proletariado brasileño —particularmente en la zona industrial del ABC— de los años 1978 y 1979, cuya curva ascendente marca el proceso más nítido y masivo de recuperación de la actividad obrera en toda América Latina en esos dos años. Se suman y se combinan con estas movilizaciones la huelga general parcial de los obreros argentinos en abril de 1979; las huelgas generales del proletariado boliviano y la huelga insurreccional de noviembre de 1979 con que se hizo fracasar, a costa de cientos de muertos, el golpe militar de Natush Busch; la huelga general de Perú de 1978 y las notables votaciones electorales de las candidaturas obreras para la Asamblea Constituyente; la huelga de los mineros de El Teniente en Chile.

El punto culminante de esta enumeración incompleta es la huelga general insurreccional que, combinada con la acción militar del FSLN, llevó al triunfo a la revolución nicaragüense y marcó con su sello radical toda la evolución posterior.

Ya en 1980, la curva de las huelgas obreras, si tomamos a América Latina como un todo, no ha sufrido un descenso, aunque obviamente el ritmo general esté hecho de la combinación de ascensos y flexiones en cada uno de los países. Panamá ha atravesado su primera huelga general, que unificó a todas las organizaciones sindicales. En Costa Rica se produjo la huelga de los trabajadores bananeros y en Honduras la de los trabajadores de la Standard Fruit. El Salvador vive un proceso revolucionario que combina huelgas de obreros urbanos y agrícolas con manifestaciones de masas (200 000 personas en San Salvador el 22 de enero) y con acciones armadas. En Guatemala, los mismos elementos se

presentan en una combinación diferente, en la cual se aúnan las acciones de la guerrilla rural y las huelgas de los obreros azucareros y algodoneros, según una vía que a partir de Nicaragua parece generalizarse en la revolución centroamericana. En México, la huelga de la General Motors, no obstante estar limitada a una sola empresa, debería ser incluida como parte de este proceso general.

Si bien sería arbitrario colocar bajo un signo unificador absoluto situaciones notablemente diversas, creemos que aparecen rasgos comunes que permiten hablar de un curso general latinoamericano. Esos rasgos son:

un aumento constante de la *actividad objetiva* de la clase obrera, que se mide en el número y extensión de sus movilizaciones y en el peso de las huelgas en la situación social de cada país;

un aumento de la *actividad organizativa* del proletariado y los asalariados a nivel sindical y a nivel de empresas, que se manifiesta en la aparición o reaparición frecuente de formas de organización basadas en la iniciativa y en la actividad proveniente de los lugares de trabajo (comités, comisiones, consejos) antes que en las prácticas oficializadas e institucionalizadas de los sindicatos tradicionales (sin que éstos sean descartados, sino más bien arrastrados a las luchas);

un aumento de la *actividad político-programática* de los sectores más avanzados de la clase obrera y de las organizaciones revolucionarias, que se refleja, por ejemplo, en la constitución del Partido de los Trabajadores por los dirigentes sindicales de la corriente "auténtica" en Brasil que estuvieron a la cabeza de las movilizaciones de 1978 y 1979, o en los programas de revolución socialista adoptados por varias de las organizaciones político-militares que conducen las luchas salvadoreñas y guatemaltecas.

Las actuales huelgas y movilizaciones políticas no aparecen, pues, como una simple recuperación cíclica de las movilizaciones previas a las derrotas, sino como fenómenos relativamente novedosos en cuya determinación se combinan las viejas tradiciones de organización y de lucha con los efectos operados por las profundas transformaciones de la economía latinoamericana sobre la clase obrera y el conjunto de los asalariados urbanos y rurales.

2] EL MARCO INTERNACIONAL

Este ciclo de movilizaciones de clase se presenta profundamente determinado, además, por la situación internacional y por los cambios en la inserción de los países latinoamericanos en la división mundial del trabajo. Tales movilizaciones no se inscriben en una fase de expansión de las economías capitalistas, como fue el caso de los movimientos de masas latinoamericanos de los años cincuenta encabezados por direcciones burguesas o pequeñoburguesas, o de la revolución cubana que venció y se transformó en revolución socialista entre 1959 y 1961. Se ubican en una fase mundial de tonalidad recesiva, marcada por recesiones generalizadas como la que se prevé para 1980, fase que coloca a todas las economías capitalistas y a la política de sus Estados bajo el signo de la crisis.

Esta fase es para América Latina, al mismo tiempo, no una de estancamiento de las fuerzas productivas, sino una de incorporación desigual de las conquistas de la llamada "revolución científico-técnica" a su estructura productiva, combinada con el proceso general de internacionalización del capital y con un proceso de concentración y centralización del capital, estimulado y acelerado por la misma acción del Estado en la mayoría, si no en la totalidad, de estos países.

De la combinación de estos cambios económicos, expresados también en el surgimiento y crecimiento de nuevas ramas industriales y agroindustriales, en la penetración masiva de las relaciones capitalistas de producción en detrimento de la subsistencia anterior de extensas zonas de relaciones precapitalistas, y en la subordinación de estos procesos a las necesidades de abaratamiento de materias primas y de descentralización industrial del capital imperialista, surge no sólo el peculiar tipo de inserción actual de estas economías en el mercado capitalista mundial sino también un papel para América Latina más integrado que hace, digamos, dos decenios, en el movimiento central del capital y en su acumulación a escala mundial.

Mientras esto hace más sensibles a estos países, tanto económica como socialmente, a los efectos de la crisis, tiende también a hacer que en su interior la contradicción capital/trabajo vaya adquiriendo un carácter cada vez más predominante sobre las otras contradicciones —campesinos/terratenientes, dictadura/democracia, nacionalismo/imperialismo— sin llegar por ello a eliminarlas, sino marcándolas cada vez más fuertemente con su sello hasta llegar, en determinados momentos, a subordinarlas a su

propia lógica.

Estos cambios se ubican, además, en un marco mundial caracterizado por la agudización de las contradicciones interimperialistas, dentro del cuadro de la alianza global de los países capitalistas contra los países no capitalistas o de transición al socialismo; por un debilitamiento de la hegemonía de Estados Unidos dentro de dicha alianza; y por una extensión de las revoluciones y movimientos antimperialistas que no ha conocido detenciones desde la derrota del imperialismo en 1973-75 en Vietnam. Irán es posiblemente, hasta hoy, el ejemplo más significativo y de mayor alcance, pero el movimiento va desde Etiopía hasta Afganistán, desde las ex-colonias portuguesas hasta Madagascar y desde Nicaragua hasta Jamaica, para mencionar sólo algunos casos.

De esta combinación de factores no se desprende, sin embargo, un debilitamiento militar del centro imperialista, Estados Unidos, sino un reforzamiento de la inclinación a apoyarse en su aparato militar; por un lado a causa del debilitamiento de sus posibilidades de respuesta social en el mundo, por el otro debido a la función anticrisis del incremento de su modernísima industria bélica.

3] LOS CAMBIOS EN LA ECONOMÍA

Los cambios en las economías latinoamericanas en los últimos quince años se producen desigualmente según el diferente grado de industrialización previo de los países, el consiguiente nivel alcanzado por las relaciones de producción capitalistas en cada formación socioeconómica y su peculiar modo de incorporación al mercado mundial.

Es posible, no obstante, resumir algunos de sus principales rasgos y tendencias comunes.

En los países más industrializados de América Latina se han desarrollado nuevas ramas industriales y una nueva y diversa combinación entre las diferentes ramas, particularmente con el crecimiento de industrias de punta como la petroquímica, la química, la electrónica, la nuclear y la implantación definitiva del proceso íntegro de producción de industrias de tecnología madura como el automóvil. En estas industrias se establece además una combinación específica de máquinas relativamente obsoletas (resultado de la exportación de capital productivo, en el proceso de internacionalización del capital,

desde los países centrales) con máquinas modernas, lo cual da también diversas combinaciones específicas de los procesos de trabajo y de sus niveles de tecnificación.

Por otra parte, una serie de industrias de estos países forman parte de la descentralización internacional del proceso productivo, concomitante con el de internacionalización del capital, cuya forma más elemental es la maquila de aquellas piezas —en la industria electrónica, por ejemplo— con mayor contenido de trabajo y su exportación y ensamble en las empresas centrales (o donde éstas determinen).

En tercer lugar, en todos los países de América Latina se ha extendido la implantación de agroindustrias, con la consiguiente penetración de relaciones capitalistas y de formas de organización industrial en la explotación agrícola, que han transformado paulatinamente y por regiones y ramas según los países las antiguas relaciones sociales y económicas predominantes en el campo.

Tanto en el caso de las nuevas ramas de industria y su cambiante combinación entre sí y con las antiguas, como en el caso de las agroindustrias, esto ha determinado un desplazamiento del eje de la acumulación: por un lado hacia la industria de bienes de consumo duradero y en forma aún relativamente incipiente —pero más acentuada en los países más industrializados, como Brasil, Argentina y México— de bienes de capital; y por otro lado hacia la explotación agraria moderna capitalista, la agroindustria y la industria extractiva con moderna tecnología. La producción de dichos sectores va dirigida, en el primer caso, a una capa relativamente reducida de alto consumo en el mercado interior; y en el segundo caso, a la exportación para el consumo de los países centrales (o, en el caso de ciertas agroindustrias, también a la industria alimenticia local, que produce tanto para la exportación como para esa misma capa de elevado consumo).

El conjunto de estos cambios, que determinan una nueva combinación de desigualdades entre el desarrollo de las diferentes ramas de la industria y en el interior de cada rama, no se debe por supuesto a un "crecimiento interno" de estas economías alterado o deformado por la intervención del capital central, sino más bien, como toda la historia del capitalismo en América Latina lo ilustra, a las contradicciones y necesidades de la acumulación del capital en los países centrales y a su proceso ininterrumpido de expansión desde el centro hacia la periferia, tanto desde el punto de vista geográfico

como desde el de las ramas de la producción.

4] LOS CAMBIOS EN EL BLOQUE DOMINANTE

Estas transformaciones en la economía, aquí esquemáticamente sintetizadas, determinan a su vez un desplazamiento en las relaciones de fuerzas y en las alianzas dentro de las diferentes fracciones de la clase dominante. En los años setenta se afirma un nuevo bloque de poder, que desplaza a la burguesía basada en las industrias productoras de bienes de consumo no duradero. Este bloque se asienta en las industrias de bienes de consumo duradero, en la agroindustria (que absorbe y "recicla" a una parte de la vieja oligarquía terrateniente, mientras elimina definitivamente a otra ya desplazada del poder en la etapa anterior) y en la asociación con el capital imperialista, ya sea en *joint ventures*, ya sea en subsidiarias o abastecedoras de las firmas multinacionales, ya sea en la integración del capital financiero internacional con el local en los países más desarrollados de la región.

Este bloque de poder puede prescindir de las viejas mediaciones políticas nacionalistas (o "populistas") con los trabajadores, por un lado porque no es en ellos donde encuentra el mercado sobre el cual se afirman principalmente sus empresas, por el otro porque su respuesta a la crisis es una política de desvalorización del capital (pagada fundamentalmente por el sector burgués desplazado del poder) y de desvalorización de la fuerza de trabajo (congelación de salarios, eliminación del control de precios, corte de gastos sociales del Estado, es decir, rebaja drástica y duradera del salario real).

El nuevo bloque burgués en el poder pierde interés en mantener la antigua demagogia "antimperialista" de la burguesía nacional, basada en la disputa y la defensa de su mercado interno. Al contrario, no vacila en abrir las puertas del país al ingreso de mercancías que aceleran la quiebra de industrias medianas y pequeñas antes amparadas por las políticas proteccionistas, y con ello el proceso de concentración de capitales junto a un patrón de consumo altamente diferenciado. Sin embargo, el control del Estado por esta fracción de las clases dominantes no elimina su contradicción con la burguesía imperialista ni la absorbe totalmente en las formas de asociación que con ella desarrolla. Junto con dicha asociación, se presentan formas de contradicción más "maduras", más semejantes en ciertos casos —Brasil, México, Argentina, en parte Chile y aun Colombia— a las contradicciones intercapitalistas entre países avanzados, sin que ello suprima tampoco la dependencia del imperialismo.

Pero si partimos de que esa dependencia es una relación bipolar que se mueve en ambos sentidos, una interdependencia, podríamos decir que se acentúa la "bipolaridad" de la relación (1o cual no es más que otra forma de expresar lo que está dicho al final del punto 3).

5] CAMBIOS EN LA CLASE OBRERA, EN LOS ASALARIADOS, EN EL CAMPESINADO

El crecimiento y la intensificación de la actividad de clase del proletariado (en su triple aspecto: actividad objetiva, actividad organizativa, actividad político-organizativa) se nutre de tres elementos: *a]* el crecimiento numérico absoluto de la clase obrera industrial debido a las transformaciones económicas de los últimos quince años; *b]* la disminución (relativa y diferenciada según los países) del peso social y numérico del campesinado tradicional y el correspondiente crecimiento (también en ambos sentidos: social y numérico) del proletariado agrícola, cuya fuerza más compacta ya no está en las viejas plantaciones sino en las nuevas agroindustrias que producen para la exportación; y *c]* el tipo de crecimiento de los trabajadores del sector terciario, que coloca a una mayoría de ellos no en un proceso de pauperización sino en un proceso de proletarización, en el sentido de que sus condiciones de trabajo (entre ellas, su calificación/descalificación) y sus relaciones con el capital van homogeneizando su situación como asalariados con la de los obreros de la industria (a cuya condición se van aproximando, desde el otro extremo, los trabajadores de las agroindustrias).

Por otro lado, el desarrollo de nuevas ramas de la industria, la introducción desigual de nuevas tecnologías en las antiguas ramas (y por consiguiente la acentuación de la obsolescencia de los equipos en sectores de algunas de estas ramas) y la concomitante descalificación y recalificación de la fuerza de trabajo, provocan no sólo el surgimiento de nuevos sectores de la clase obrera, sino también una recomposición en los sectores antes existentes y una nueva combinación entre éstos y los recientemente desarrollados.

El conjunto de este proceso no encuentra un reflejo inmediato en la organización sindical porque ésta, inevitablemente entrelazada con el Estado o bajo fuerte represión, permanece rezagada (al igual que la propia conciencia de los trabajadores, influida por la ideología dominante) respecto de los cambios operados en la economía y en la composición de clase. En cambio, sí provoca una creciente

inadecuación —y la consiguiente fricción— entre esas estructuras sindicales (allí donde funcionan más o menos legalmente) y las formas y reivindicaciones que toma una serie de movimientos obreros surgidos de las empresas. Esta fricción, que fue adelantada ya en 1969 por los obreros del automóvil en Argentina, se ha presentado últimamente en la misma rama de industria en el Brasil, punta de lanza de la reorganización del movimiento sindical en 1979 y 1980, y ha comenzado a anunciarse en México (Unión Obrera Independiente, General Motors). Pero se presenta también en economías menos industrializadas, en la medida en que algunas empresas de ciertos sectores industriales (o agroindustriales) allí implantados también se modernizan (incorporación de nuevas maquinarias a la industria alimenticia, textil u otras) y crecen y en que la vieja organización sindical con reminiscencias semiartesanales va siendo desbordada. Los países centroamericanos, pero particularmente Guatemala y El Salvador, son escenario de procesos semejantes, cuya matriz común (aunque no única), desde los países más desarrollados industrialmente a los menos desarrollados de América Latina, debe reconocerse en el proceso de internacionalización del capital y su combinación con la extensión de la "revolución científico-técnica" por un lado y con la crisis de las economías capitalistas centrales por el otro.

El otro elemento que introduce una marcada diferencia en los niveles de organización (históricos y actuales) de la clase obrera y en los ritmos de su organización (y de superación consiguiente de las viejas estructuras institucionales de los sindicatos heredadas de la posguerra y la década de los cincuenta) es la existencia, o no, de un ejército industrial de reserva que presione sobre el salario, las conquistas y la organización autónoma de los trabajadores. Mientras en Argentina, por ejemplo, la práctica ocupación total ha dado históricamente un fuerte poder de negociación a la clase obrera (que entonces ha debido ser aplastada por una dictadura sangrienta, recurso *último* y no deseado por el capital), en países como Brasil, México o Colombia la existencia de una vasta reserva de fuerza de trabajo campesina que se urbaniza ha continuado pesando hasta hoy sobre las conquistas y las posibilidades de organización independiente del proletariado industrial y de los asalariados en general.

6] CAMBIOS EN EL ESTADO

Los cambios en los Estados latinoamericanos son resultado de estos cambios en la economía (cuyo origen último está en las contradicciones del capital central), en la relación entre las clases y en la

composición interior de éstas.

Un rasgo común de esos cambios, sea que el Estado adopte una forma dictatorial o de "democracia autoritaria", es la cualitativamente superior intervención directa del Estado en la economía como órgano capitalista colectivo, pero también conduciendo la política de la fracción dominante del capital. Esa intervención tiene como objetivos principales (no exclusivos): a] compensar los desequilibrios entre las diversas ramas de la economía y entre las fracciones nacional e internacional del capital, asegurando el funcionamiento de sectores de la economía imprescindibles para el funcionamiento del sistema que dichos capitales no cubren; b] financiar la infraestructura necesaria para este desarrollo y para su proyección futura (incluso sectores como la energía nuclear que el capital imperialista concentra en las metrópolis y los capitales nacionales no tienen capacidad independiente para desarrollar) ;c] financiar la formación de una base científico-técnica nacional adecuada a estas innovaciones (evidentemente, diversa según los niveles muy diversos de cada economía nacional y siempre en retraso creciente respecto del ritmo de innovación en los países centrales); d] contribuir a acelerar, combinando el crédito, el financiamiento y los instrumentos fiscales, el proceso de concentración y centralización del capital en el país.

Cuando la anterior forma de dominación (la "alianza popular" entre la burguesía dirigente y las masas subordinadas a ésta a través de sus direcciones sindicales y políticas) resiste las transformaciones y sus consecuencias sobre sus conquistas y su nivel de vida (lo cual sucede generalmente cuando un elevado nivel de organización de la clase obrera le permite resistir y desbaratar los golpes iniciales de la política de "austeridad"), entonces el nuevo bloque de poder debe recurrir (como es notorio y ha sido dicho muchas veces) al ejército en primera persona.

El ejército sustituye con su dictadura terrorista la mediación de los partidos burgueses, destruye o maniatas las organizaciones de las masas y reduce a silencio a las fracciones de la burguesía desplazadas del poder. Al mismo tiempo, los altos mandos del ejército se entrelazan con el nuevo bloque dominante y aparecen los militares en los consejos de administración de las empresas.

Los ejércitos de los países con mayor tradición de estructuración capitalista del Estado (Argentina, Chile, Brasil) no desmienten su tradición industrialista, sino que la ejercen de otro modo. Su dictadura

expresa una crisis objetiva entre las necesidades de modernización y nueva inserción de estas economías en el mercado mundial y la fuerza adquirida por la clase obrera (Argentina, Chile) o la amenaza adicional de un poderoso movimiento campesino contra uno de los pilares de la acumulación para el nuevo desarrollo industrial (como ocurrió en Brasil en 1964, aunque la dictadura militar en su versión más dura y más específicamente dirigida contra la clase obrera se estableció, con el Acto Institucional número 5, a partir de 1968, después de la ola de huelgas cuyo centro estuvo en Osasco).

La "alianza popular para el desarrollo industrial" contra la vieja oligarquía abría el camino al tipo de inserción de estas economías en la economía mundial de los años cincuenta. Ahora la crisis y la internacionalización del capital (con sus exigencias de descentralización productiva y nuevo abaratamiento de materias primas) plantean una nueva forma de *integración* (y de *conflicto*) del capital local en el capital global, un *desplazamiento* en la relación de fuerzas interior entre las distintas fracciones de capital local y una *declinación* de las posibilidades de alianza de cualquiera de sus fracciones con los asalariados. (Argentina muestra un extremo de este proceso; pero El Salvador y el fracaso de su Junta "reformista" muestran su otro extremo, así como la quiebra del proyecto "antioligárquico" de Velasco Alvarado en Perú y su sustitución por el de Morales Bermúdez constituyen otra de sus expresiones locales específicas.)

La nueva modernización capitalista de estos países (en sus distintos niveles de desarrollo) ya no puede hacerse *con* los asalariados *contra* los terratenientes (política típica del peronismo y corrientes similares). Debe hacerse *con* el capital agroindustrial *contra* los asalariados (numéricamente multiplicados). En otras palabras, la burguesía no puede sacrificar la renta agraria de los terratenientes como botín a repartir (muy desigualmente) entre la acumulación capitalista y las conquistas de los asalariados. Cada vez más, la renta agraria queda incorporada a las superganancias monopólicas de la fracción dominante del capital (cuya expresión política es el nuevo bloque de poder).

Estos cambios parecen concentrar al Estado nacional y "aislarlo" en una región "superior", por encima de las antiguas mediaciones políticas. Tiende a actuar como un árbitro entre las distintas fracciones del capital que, por la naturaleza de la fracción dominante y de su contradicción con los asalariados, se *veta* a sí mismo recurrir a cualquier tipo de alianza

"popular" más o menos duradera basada en la movilización controlada de las masas.¹

El ejército es la forma *ideal* de este tipo de árbitro, y no los partidos políticos, que viven en la región de la mediación. Pero esto conlleva, por un lado, la inserción directa de ese ejército en la economía; y por el otro, su rápida reaparición en el primer plano de la escena (en los casos en que aparentemente "vuelve a los cuarteles" para dejar paso a la "democracia política") para resolver con sus métodos cualquier agudización de la lucha de clases. Brasil, Bolivia y Perú presentan casos típicos de esta forma de tutela militar permanente e inmediata sobre las decisiones políticas y los conflictos sociales, que deja a los partidarios burgueses u obreros reformistas en situación de sujetos políticos menoscabados, una especie de "menores de edad bajo tutela" (melancólico destino de más de un "moderno 'Príncipe' ..."). Los militares uruguayos, chilenos, bolivianos y argentinos, por su parte, proyectan elevar esta situación de hecho al rango de principio establecido en futuras cartas constitucionales.

7] EL GRAN VIRAJE DE LOS SETENTAS

La suma y combinación de las transformaciones aquí esquemáticamente enumeradas constituye lo que podríamos llamar el gran viraje de los años setenta en América Latina. Es un vasto proceso de recomposición de las clases; de sus alianzas y enfrentamientos; del peso específico de las distintas fracciones en el seno de cada clase; y, como consecuencia de todo ello, también del Estado —todo determinado en último análisis por los cambios en la economía mundial y en su región latinoamericana.

Las formas que ha tomado y los resultados políticos que ha producido esa recomposición han sido determinados a su vez por las formas y el grado de organización de las clases y de sus alianzas en el periodo previo; pero *no* el proceso mismo de cambios y la recomposición.

El resultado puede definirse como una *modernización* del enfrentamiento y de la lucha de clases en

¹ El caso en parte "atípico" del Estado mexicano no es ajeno al mismo proceso de cambios, parcialmente alterado por la presencia de una enorme *renta petrolera* administrada como bien común del Estado nacional. Esto permite amortiguar la transición prolongando en ella ciertas formas de la "alianza". Sin embargo, el rasgo común con otras situaciones, y distintivo con respecto a los contenidos sociales de la antigua "alianza popular", es la ausencia de cualquier forma de movilización de masas y el recurso a soluciones tecnocráticas en conflictos y casos en que en el pasado la vieja fracción burguesa dominante podía recurrir a formas controladas o limitadas de dichas movilizaciones. El destino final de la renta petrolera, sin embargo, no será determinado por las decisiones políticas de la administración estatal, como supuesto "árbitro por encima de las clases", sino por la lucha entre las clases y el grado de organización de cada una de éstas.

América Latina.

En ese marco hay que explicar la extinción de las guerrillas rurales de los años cincuenta y sesenta, y en particular de su versión foquista. El foco no desaparece porque la realidad lo haya demostrado incorrecto. Ninguna política ni su correspondiente forma organizativa declina o desaparece por las derrotas, sino porque declinan o desaparecen las relaciones sociales que la originan. A partir de cierto grado de transformación de la economía de estos países, el "foco" guerrillero comienza a resultar tan anacrónico como, en sus momentos, las asociaciones mutualistas o los sindicatos de artesanos (sin que empero, unas y otros desaparezcan completamente). Junto con la forma revolucionaria de la guerrilla rural dirigida contra los terratenientes que aspiraba a una transformación democrática del Estado en alianza con la burguesía "progresista" (no a su destrucción), declina también la forma reformista de la "alianza popular" bajo dirección burguesa, el llamado "populismo" (aunque sus reflejos ideológicos persistan en la cabeza de amplios sectores de las masas, junto con sus caudillos locales y sus aparatos y clientelas políticas).

Las dictaduras militares buscan su justificación ideológica en la lucha contra el "populismo", la "demagogia" y las "guerrillas", todo englobado bajo el común denominador de subversión. En realidad, las dictaduras combaten cada vez más *no* a esas formas políticas cuyas bases se van disgregando en las regiones profundas de la economía, sino a las nuevas formas de *subversión* que emergen de esa disgregación: contra la clase obrera, los nuevos asalariados y su reorganización en las actuales condiciones de la lucha de clases.

También en esto la dictadura argentina es ejemplar: destrucción *física* sistemática de los delegados de fábrica, terror *antiobrero* selectivo, perfección *técnica* de la organización represiva (sin resabios precapitalistas de favoritismo, recomendación o compadrazgo que ensanche o relaje sus mallas), caracterizada por una impersonalidad y una centralización conspirativa que la hace inmune a las presiones, incluso de parte de altos funcionarios del Estado.

Esta forma *extrema* corresponde también a una exigencia presente en la modernización de la economía y la internacionalización del capital en estos países. Se trata de que el enfrentamiento capital/trabajo no versa solamente sobre el monto monetario del salario, sino cada vez más sobre la

racionalización y la *intensidad* del trabajo. Es decir, sin abandonar la esfera salarial, la del precio por el cual se vende la fuerza de trabajo, la contradicción se traslada también a la esfera de la utilización de esa fuerza de trabajo una vez adquirida; es decir, a la organización capitalista del proceso de trabajo.

El capital —y su Estado— necesitan doblegar toda resistencia que se oponga a las nuevas condiciones de incremento de la productividad y para ello pueden utilizar, según los casos y las exigencias de la lucha de clases en cada país, o la dictadura terrorista del ejército o la política "productivista" de las direcciones sindicales subordinadas al Estado o una combinación de ambas.

En cualquier caso, el centro de la violencia que supone toda organización estatal ya no se ubica en la antigua violencia patriarcal de los terratenientes o en la violencia "populista" de la burguesía nacional (aunque ninguna de ambas formas desaparezca), sino en la *violencia del capital internacionalizado con sus exigencias de racionalización, intensificación e internacionalización de la explotación de la fuerza de trabajo* (en la industria y en la agroindustria, pero también en los transportes, la banca, los supermercados, etcétera) *y de transformación y adecuación de los procesos de trabajo a esas exigencias*. De ese núcleo irradia todo el resto de las formas de violencia y él las tiñe con su tinte particular. Los cambios en esa forma de dominación/subordinación impregnan y determinan (no única, pero sí decisivamente) los cambios en el conjunto de las formas de dominación en estas sociedades.

Toda violencia, sin embargo, supone una violencia contraria, una *relación* de violencia, aunque no sea más que la resistencia atomizada, individual o aun pasiva. Las masas no son jamás materia puramente inerte de la voluntad de los dominadores. Lo que los Estados burgueses latinoamericanos buscan en la actual coyuntura, bajo sus diferentes formas políticas de dominación de clase, es impedir la organización de esa resistencia, su coagulación en un programa de clase de los explotados y en las formas organizativas precisas en que éste pueda encarnarse. Quieren evitar o retrasar el momento en que a la *nueva violencia* responda una *nueva organización* de la clase obrera y sus aliados, de su contraviolencia, de su resistencia y su programa. La tentativa estatal tiene dos versiones, según los países, una "dura" y la otra "blanda", que muy a menudo se combinan en dosis diferentes según los casos. La primera es la supresión y la persecución de toda forma de organización obrera. La segunda es el esfuerzo para prolongar la existencia, con asistencia estatal, de versiones transformadas y "modernizadas" de las viejas estructuras sindicales que retardan o sustituyen la reorganización del movimiento obrero contra el *programa* y la *práctica* actuales del capital.

El hecho fundamental es que, dadas las transformaciones que se concentran en el gran viraje de los años setenta, la reorganización del movimiento obrero es una necesidad inscrita en la modernización del proceso productivo. Ella inevitablemente deberá responder —por más que todavía hoy la conciencia de las masas retrase respecto del proceso objetivo— a las mismas exigencias de modernización de la lucha de clases.

Esto quiere decir que la reorganización obrera deberá responder, en su programa, en sus demandas, en sus formas organizativas, al nuevo eje de la violencia de la clase dominante a la violencia que de más en más aparece como la dominante y la reguladora de todas las otras: la violencia ubicada en el corazón mismo de la producción capitalista, en su proceso de trabajo, en el núcleo moderno de todas las relaciones de dominación/subordinación en la sociedad latinoamericana de los años ochenta.

Si la reorganización del movimiento obrero se opera según estas líneas de fuerza, ella no afectará solamente los niveles del proceso de valorización del capital y de acumulación capitalista mediante la disputa de los niveles del salario, sino que tocará al proceso mismo, a las formas y métodos de organización capitalista del trabajo. No concentrará su acción sobre la periferia de la relación estatal de dominación/subordinación, como en los casos de las guerrillas rurales o de las luchas democráticas o salariales. Sin abandonar esas zonas de fricción, tenderá a atacar el *centro* de dicha relación violenta, en las empresas capitalistas y en su proceso de trabajo, poniendo así en cuestión los mecanismos mismos de la acumulación capitalista.

Evidentemente, sólo el extremismo infantil o el anarquismo pueden ver este cuestionamiento como un acto instantáneo y no como un proceso relativamente extendido y accidentado, sembrado de interrupciones y de altibajos en el cual la clase obrera no juega su destino a todo o nada en cada movimiento ni radicaliza el enfrentamiento con el Estado en cada huelga, sino que avanza en un proceso de *acumulación de fuerzas, organización y experiencia*.

Pero mucho peor que la exageración revolucionaria del anarquismo o de sus sucedáneos ha sido siempre la concepción burocrática del reformismo, cualquiera sea la tendencia donde se manifieste o los títulos "marxistas", "leninistas" o "bolcheviques" con que se cubra. Esta concepción ignora ese

cuestionamiento y concibe la reorganización del movimiento obrero latinoamericano como la continuación lineal, más o menos izquierdizada, de las viejas estructuras sindicales y políticas a partir del punto donde éstas quedaron interrumpidas por la represión del Estado o por el compromiso con éste.

8] FASES HISTÓRICAS DE LA CRISIS INTERBURGUESA

Si la historia del capital es la de su acumulación y sus crisis económicas, la historia de la burguesía es la de su dominación y sus crisis políticas. Éstas, en sus momentos agudos, tornan la forma de las disputas interburguesas en las cuales los representantes políticos de una fracción del capital conquistan su predominio sobre los de las restantes en el control del Estado (el cual nunca deja, sin embargo, de ser el representante colectivo del capital nacional en su conjunto).

La primera fase histórica de esas luchas en los países latinoamericanos, después de la independencia, y sobre todo en el periodo de la "organización nacional" y la inserción definitiva de la región en el mercado mundial dominado por el imperialismo (a partir de 1880, en líneas generales), fue la lucha entre conservadores y liberales. La segunda fase, que cubre desde la crisis de la primera guerra mundial hasta los años sesenta (y abarca lapsos diferentes de ese periodo según los países) es la disputa entre la oligarquía terrateniente agroexportadora y la burguesía industrial basada principalmente en el mercado interno. La tercera, a partir de los años sesenta y del fin de la onda expansiva del capitalismo iniciada en la segunda posguerra mundial es la ofensiva de lo que hemos llamado el nuevo bloque de poder para sustituir a aquella burguesía industrial en la dominación sobre el aparato estatal.

En cada una de esas fases, las masas trabajadoras (campesinas, urbanas y proletarias) han estado subordinadas políticamente a una u otra fracción de la clase dominante, dando la base de masas para que esa fracción disputara o conquistara el control del Estado.

Por las razones económicas y políticas descritas en los puntos anteriores, el nuevo bloque de poder como fracción dominante de la burguesía no puede obtener y menos conservar el apoyo de ningún sector de las masas en cuanto tales. No tiene lo que algunos llaman una "política de masas". Más aún, uno de los rasgos fundamentales de su política consiste en excluir y procribir, incluso

constitucionalmente, todo mecanismo que permita una movilización de masas que intervenga en la crisis interburguesa a favor de otro sector de la burguesía. Ésa es la característica común de los proyectos de "institucionalización" adoptados o insinuados por los militares brasileños, argentinos, chilenos o uruguayos.

Esto determina, a su vez, que la dominación del nuevo bloque conozca una especie de crisis política permanente, ya que descarta las viejas mediaciones políticas de la burguesía con las masas y, por su naturaleza misma, es incapaz de crear otras nuevas, es incapaz de "hacer política" en el sentido burgués clásico de esta expresión. De ahí la dificultad de los ejércitos para consumir la tarea de salirse del primer plano de la escena política (para no exponerse a dividirse en fracciones y a convertirse en objeto de la crisis) y al mismo tiempo permanecer en él para que no lo ocupen los "políticos". El caso boliviano podría ser uno de los ejemplos más acabados de esta oscilación.

Ésta no es una dificultad propia de la mentalidad de los militares, sino una condición intrínseca al nuevo modo de dominación tal como se ha ido constituyendo en el curso de los años setenta.

De aquí se derivan por lo menos dos consecuencias para la organización de la clase obrera y de sus alianzas.

La primera es que este modo de dominación, engendrado por las transformaciones de la economía y del Estado y por el desastre sangriento de las viejas direcciones burguesas, pone a la clase obrera ante la tarea *objetiva* de organizar sus filas fuera de la política burguesa. No quiere decir esto que *subjetivamente* alcance ya a comprender esa situación, porque esta comprensión sólo se conquista en la práctica, pero sí que, a la inversa, la política burguesa tiene ahora dificultades objetivas y subjetivas para intentar recomponer su dominio ideológico y organizativo sobre la clase obrera, para restablecer el tipo anterior de "alianza popular".

La segunda es que las *demandas democráticas* clásicas topan en seguida con esos límites rígidos del nuevo modo de dominación en la esfera de la mediación política y, llevadas adelante, lo ponen en cuestión. Si el abanderado de estas demandas es la fracción subordinada de la burguesía a través de sus representantes políticos, éstos se encuentran con que no tienen apoyo sólido en la economía tal cual ella

se ha conformado en los últimos quince años para poder llevar una lucha seria por esas demandas. Entonces se ven obligados a subordinar su lucha a las exigencias del nuevo modo de dominación y a entrar en componendas y capitulaciones tan tempranas y de tan corto alcance que les impiden restablecer su antigua relación con las masas.

Pero la clase obrera, objetivamente fuerte en la economía, necesita de las demandas democráticas no ya para tomar el poder, sino sencillamente para poder negociar el precio de su fuerza de trabajo en condiciones de relativa igualdad formal en el mercado. El nuevo modo de dominación excluye, por la fuerza, esa igualdad formal; más aún, es un régimen de "excepción" en la medida en que está dirigido sobre todo a asegurar la desigualdad incluso en ese terreno mercantil donde la dominación burguesa clásica y "normal" garantiza la igualdad formal. (Del mismo modo, el bloque de poder utiliza el Estado para violar a su favor la igualdad formal en el mercado entre las distintas fracciones del capital.)

Entonces resulta ser la clase obrera la que tiene la fuerza objetiva en la economía para luchar por las demandas democráticas; y la que al mismo tiempo las necesita como la condición más favorable para hacer valer esa fuerza en la disputa salarial.

Las demandas democráticas, que tradicionalmente forman parte del programa democrático de la burguesía, no pierden ese carácter. Pero al mismo tiempo pasan a formar parte de un programa de clase del proletariado. Esto se debe a que la única forma en que son conquistables y defendibles es si se articulan en torno a una demanda democrática central: el *derecho de organización del proletariado y los asalariados*. Y esto, en las condiciones del nuevo modo de dominación que impone los términos y los límites de la disputa interburguesa, trasciende rápidamente tales límites. La represión militar-policial contra la huelga de los obreros del automóvil y la metalurgia en Brasil, en abril-mayo de 1980, es la ilustración más nítida de esta situación.

9] LA "INSTITUCIONALIZACIÓN" DEL NUEVO MODO DE DOMINACIÓN

Los ejércitos (incluidos casos como el colombiano, donde los militares son el inmediato poder detrás del trono) no pretenden prolongar indefinidamente su presencia al frente del Estado, aunque más no sea

porque no es la forma normal que las leyes del sistema capitalista requieren para resolver en el plano político la competencia entre los diferentes capitales. Pero el contenido último de sus proposiciones de "institucionalización por etapas" y de "nueva democracia" es claro: no permitir la organización autónoma del proletariado ni su intervención política independiente; convertir a las *masas* en *ciudadanía* y a los obreros en *ciudadanos individuales*. Desde el proyecto político de "institucionalización" de los militares brasileños, pasando por el de los peruanos y el de los ecuatorianos, hasta el de la Junta salvadoreña, todos tienen, bajo formas en apariencia muy diversas, ese contenido común.

Este proyecto, que en los casos de El Salvador, Perú y otros se confunde con el de la "democracia viable", no entiende suprimir totalmente los viejos partidos burgueses o prescindir de ellos, sino subordinarlos y hacerlos funcionales al nuevo modo de dominación. Un caso típico sería la función que cumple en el proyecto salvadoreño el partido demócrata cristiano. Pero el mismo proyecto se va articulando en otros lugares a través de llamados y propuestas dirigidas a reabsorber a los viejos partidos en el nuevo "juego institucional".

La medida de esa reabsorción de los partidos burgueses tradicionales así como de los partidos obreros reformistas, no está dada simplemente por su aceptación o rechazo actual de los diversos "diálogos" propuestos por los representantes —militares o no— del nuevo modo de dominación. A nivel más profundo, esa medida está dada sobre todo por la reproposición, por parte de las direcciones de esos partidos, de las antiguas formas de organización política, cuando su contenido ha sido vaciado completamente por el nuevo modo de dominación. Haciendo como si el juego democrático empezara de nuevo allí donde se interrumpió, esas direcciones se inscriben en el proyecto de "institucionalización", juegan a él su futuro y sobre todo se abstienen de cuanto comprometa la aceptación de esa inscripción.

Uno de los ejemplos más nítidos —y más reaccionarios, dada la madurez ya alcanzada por la clase obrera a la cual pretenden encerrar en su propio pasado— es la propuesta de la unidad del peronismo y la reproposición de la ideología peronista, bajo cualquier forma que ésta se haga, como programa de la clase obrera y las masas argentinas. Pero no es menos reaccionaria la reproposición del goularismo en Brasil o del movimientismo en Bolivia. Un papel similar cumple la democracia cristiana tradicional,

papel que en El Salvador aparece llevado a su lógica final.

Por otro lado, también buscan su lugar en esa perspectiva el sindicalismo economista y reformista clásico, la socialdemocracia y los partidos comunistas, cada uno a su modo. No hace falta recurrir al caso de Lorenzo Miguel o al refinamiento en la traición alcanzado por el Partido Comunista Argentino para ejemplificar esta tendencia. Ella puede encontrarse en la política del Partido Comunista Brasileño cuando busca prolongar el MDB; o en la del Partido Comunista Peruano en su alianza con los restos de la tendencia militar-popular de Velasco Alvarado; o en las de las tendencias del socialismo y del comunismo en Chile que todavía hoy persisten en culpar a los "izquierdistas" del desastre a que condujo su reformismo institucional y su confianza en el ejército.

Todas esas formas tienen dos rasgos en común:

a] Privilegian la vieja forma de organización política reconocida por el Estado (es decir, *dependiente* de que el Estado le dé un reconocimiento).

b] Confinan la lucha específicamente obrera (no la que el proletariado comparte con el programa democrático burgués) dentro de los límites de la *lucha salarial*, concebida como el eje de su organización de clase.

Estos dos rasgos determinan su concepto de la democracia, los alcances que dan a ésta y la posibilidad de hacer coincidir esos alcances, mediante un proceso de reajustes y negociación por ambas partes, con los límites de la "institucionalización" del nuevo modo de dominación.

Estas formas (más el vanguardismo minoritario como protesta espontánea de algunos sectores contra ellas) podrán tener cierto eco en diferentes sectores de la clase obrera, incluso mayoritarios al menos en una fase inicial, porque ésta necesita luchar en las condiciones que se le presentan accesibles y recurrir a los instrumentos que tiene a la mano antes de poder construir otros más adecuados. Por otra parte, esas tendencias han sido reprimidas en mayor o menor medida junto con los trabajadores, y capitalizarán a su favor esa circunstancia.

Pero ellas, con sus propuestas organizativas y programáticas que las transformaciones de la realidad han vuelto anacrónicas, no pueden responder a la modernización objetiva de la lucha de clases, mientras todos los días, en el núcleo central del despotismo industrial, en las fábricas de la gran industria, la clase obrera vive las nuevas condiciones de la vieja opresión y se ve compelida a buscar las vías para responder a ellas.

Sólo sobre esa contradicción —y no sobre la sola crisis interburguesa, donde no hay ninguna otra fracción del capital que pueda disputar su lugar al nuevo bloque de poder— puede saltar el nuevo modo de dominación. Nadie más puede disputarle la hegemonía, al menos por el periodo previsible. Esa contradicción no es política sino de *clase* y se concentra en el núcleo irreductible de la relación capital/trabajo.

10] LA REORGANIZACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO

La renovación del programa obrero se generaliza antes en la práctica de la clase que en la política de sus organizaciones de masas. Pero esa misma práctica es precedida por la formulación teórica de sus problemas y por la búsqueda de respuestas a ellos. Un rasgo esencial, no accesorio, del nuevo modo de dominación se concentra, hemos visto, en la intensidad y la racionalización del trabajo impuestas por la internacionalización del capital y la innovación tecnológica. La introducción constante de nuevas maquinarias, no sólo en las ramas técnicamente más avanzadas sino también en plantas modernas (o modernizadas) de ramas más antiguas, como la textil, sigue esa lógica.

Ella no es incompatible con salarios relativamente más altos en determinadas plantas o ramas de industria, a condición de que ello signifique manos libres para el capital en la organización del proceso de trabajo en cuanto a intensidad y racionalización. Esta condición sólo es posible si la fuerza de trabajo está desorganizada *dentro* de la empresa y su capacidad de lucha y negociación queda confinada por el sindicato, en el mejor de los casos, a la esfera de los salarios. (Esto incluye la inclinación de la patronal y de las direcciones sindicales burocráticas a ponerse de acuerdo en la monetarización de los riesgos para la salud y la vida de los trabajadores que implica la intensificación del ritmo de trabajo, en lugar de oponerse a esta intensificación y a sus efectos funestos.)

Para poder mantener aquella desorganización de la fuerza de trabajo, el capital defiende como condición irrenunciable su derecho a mantener una elevada tasa de *turnover* (rotación del personal a través de una política constante de despidos y nuevas contrataciones), que acentúa la dependencia y el sometimiento del trabajador dentro de la empresa y permite contrarrestar con despidos o traslados las tentativas de elegir delegados, discutir las condiciones específicas de trabajo o resistir colectiva o individualmente el aumento de la carga de trabajo.

Es evidente que esta presión sobre la fuerza de trabajo tiene un límite históricamente determinado por el nivel de conciencia anteriormente acumulado y por la mayor o menor presión del ejército industrial de reserva. Más allá de ese límite, provoca formas de resistencia individual incontrolables como el ausentismo, el sabotaje y otras que, a partir de ciertos niveles, comienzan a resultar más costosas para el capital que las eventuales concesiones a la organización obrera. Si bien la aparición de esas formas de resistencia es un síntoma que no se puede desestimar simplemente como reacción de sectores "desclasados" o "lumpens", un proyecto de reorganización obrera no puede partir de su generalización, que es más bien el índice de la desorganización o de la extrema inadecuación de las organizaciones existentes y de su política a las aspiraciones de lucha de la clase.

Por todo lo dicho anteriormente, creo que tanto el análisis teórico como la práctica espontánea más avanzada de la clase en el último periodo apuntan hacia una misma conclusión: la reorganización moderna del movimiento obrero latinoamericano tiene como punto de partida el cuestionamiento del núcleo concreto del nuevo modo de dominación, el despotismo industrial en el proceso de trabajo. En torno a ese eje, que pasa por el interior de las empresas, hay que organizar el resto de las demandas económicas y políticas del proletariado y sus alianzas.

Por el contrario, toda dirección sindical o política cuyo programa incluya la negociación de concesiones en cuanto al aumento de productividad en la fábrica a cambio de concesiones salariales, está sometiendo a la clase obrera al núcleo más duro del nuevo modo de dominación y cerrando el camino a sus luchas y su reorganización revolucionarias, cualquiera sea la cantidad de demagogia "socialista" o "nacionalista" con que acompañe dicha política.

Entre las condiciones que posibilitan (pero no aseguran ...) dicha reorganización bajo las formas

específicas determinadas por la historia, la tradición y la situación del proletariado en cada país pueden contarse: a] los niveles relativamente maduros alcanzados por la lucha de clases en América Latina, como secuelas de la creciente internacionalización del capital y de los procesos de trabajo; b] la destrucción, en algunos de los países más avanzados en este aspecto, de los viejos aparatos sindicales burocráticos por las dictaduras militares; c] la creciente (no completa) conciencia en los asalariados de ese nivel de la contradicción (aunque no todavía de las respuestas políticas y organizativas como clase) ; d] la falta de tradición de partido obrero en la casi totalidad de estos países, rasgo históricamente negativo pero que ha impedido también la consolidación de una fuerte burocracia política reformista sobre la conciencia de la clase obrera, mientras se mantiene viva una fuerte tradición de combatividad y explosividad a nivel sindical.

Esta combinación peculiar de desigualdades —combatividad de clase, retraso político-organizativo, modernización objetiva de las condiciones del enfrentamiento capital/trabajo— puede contribuir a empujar al proletariado a reorganizar sus luchas partiendo del nivel relativamente elevado, por la agudeza del cuestionamiento que implica, de la organización de fábrica. Así parece indicarlo sobre todo la experiencia de Brasil a partir de 1977 hasta las huelgas de 1980, pero también los movimientos avanzados en otros países. Por otra parte el ejército (y la crisis) no tardarán en presentarse a cerrar el camino para que se reorganice efectivamente (no en forma transitoria o para una coyuntura político-electoral) a cualquier otro nivel. La represión del ejército y el Estado brasileño contra la huelga de los trabajadores del automóvil y la metalurgia en abril-mayo de 1980 también ilustra esto.

Un proyecto político de clase basado en este tipo de reorganización del movimiento obrero deberá, en consecuencia, moverse al menos sobre tres líneas de fuerza:

a] Un *programa de demandas* ligadas al control sobre el proceso de trabajo en torno a las cuales se articulen las demandas democráticas, antimperialistas y socialistas.

b] Una *forma de organización sindical* que corresponda a esas demandas y que no puede ser otra que la organización a partir de la fábrica, cualquiera sea su nombre: comité de empresa, comisión interna, consejo de fábrica, etcétera, cuyo rasgo determinante es el funcionamiento de delegados elegidos, revocables y responsables ante las asambleas de trabajadores dentro de la empresa. Obviamente, es el

programa y sus objetivos lo que determina siempre las formas organizativas, y no la inversa.

c] Una revalorización de la *tradición de autoorganización obrera* que en cada país y en América Latina conduce a ese programa y esa organización, desde las comisiones internas argentinas y los sindicatos mineros bolivianos, hasta algunas de las tradiciones de autorganización de las masas en la revolución mexicana o en el anarco-sindicalismo y el sindicalismo revolucionario de las dos primeras décadas del siglo en varios países latinoamericanos. Valorizar tales experiencias de autorganización no significa restar importancia a las experiencias político-partidarias de organización independiente de la clase obrera allí donde han existido, sino —todo lo contrario— constatar que el filón revolucionario en las experiencias políticas ha estado *siempre* ligado al estímulo de las formas de autorganización, mientras el filón reformista *siempre* se ha opuesto a ellas o las ha resistido y tratado de fosilizar y congelar, a veces con las motivaciones más "izquierdistas" y "revolucionarias" imaginables.²

11] LAS VÍAS DE LA REORGANIZACIÓN

A lo largo de los puntos precedentes, he tratado de presentar algunos ejemplos concretos que ilustran las tesis expuestas. Recapitularé aquí los casos principales, hasta donde llega mi conocimiento, en la presente coyuntura latinoamericana.

El primero sería el tipo de organización de la clase obrera en *Brasil y Argentina*. Los delegados de fábrica y las comisiones internas, conquistados por los trabajadores argentinos hace 35 años y suprimidos por el terror de la dictadura militar, son el nivel natural del cual partirá la reorganización de sus luchas y son también la conciencia y la experiencia de masas profunda y difusa que permite, aun hoy, mantener formas de resistencia y de organización sindical clandestina o semiclandestina en las empresas que ni ese terror sangriento ha podido eliminar.

Por vías diferentes y específicas, la clase obrera brasileña está conquistando en las huelgas y

² Un caso típico, pero no único, es el de los izquierdistas argentinos que en el seno de todas las tendencias tradicionales —socialistas, comunistas, trotskistas, anarquistas y sindicalistas— no entendieron el surgimiento de las comisiones internas de fábrica en 1945-46 y se opusieron a la marea de organización sindical creyendo así oponerse a la influencia del peronismo sobre la conciencia obrera, cuando en realidad defendían sus viejos mitos, ritos y capillas políticos frente a una ola de insurgencia y reorganización proletarias que los excluía y los avasallaba. Sobre esta línea de demarcación concreta y profunda, y no sobre los litigios personales como dictaminan siempre los lejanos doctores de la lucha de clases, se escindió el trotskismo argentino en aquellos años y no ha vuelto ni volverá, bajo su forma actual, a recomponerse.

movilizaciones de los tres últimos años esa forma de organización. Pero, yendo en esto más lejos que los obreros argentinos, una parte de su vanguardia natural en los lugares de trabajo está tratando de hacer trascender ese nivel de organización sindical en una organización política propia de los asalariados, el Partido de los Trabajadores. Es un principio de ruptura política con las viejas direcciones burguesas nacionales y sus agentes sindicales, no operada todavía en Argentina, donde la represión —y el atraso político de muchas de las tendencias izquierdistas o izquierdizantes— contribuye a congelar aún la conciencia obrera en los marcos peronistas. Cualquier progreso futuro de la autorganización obrera en Argentina, sin embargo, preparará y luego provocará el estallido violento de esos marcos burgueses y con ellos de los proyectos de todas las tendencias que, confiadas en lo que creen ser el "atraso de la clase", se ponen a su cola creyendo ir a su frente. La reorganización de la clase obrera argentina no ocurrirá a un nivel de independencia inferior al de la brasileña sino que, aprovechando la experiencia de ésta y su propia tradición de autorganización, tenderá posiblemente a rupturas aún más radicales cuyas formas concretas no es posible adivinar pero sí preparar desde ahora.

Un segundo tipo de reorganización, estrechamente relacionado con el anterior por las formas organizativas históricas de los trabajadores pero muy diferentes en el grado de desarrollo industrial del país, sería el de *Bolivia*. Con una historia de lucha insuperada en América Latina, el proletariado boliviano ha sido capaz de mantener sus organizaciones sindicales, cuyo núcleo fuerte son los sindicatos mineros, a través de las peores dictaduras y represiones. Los sindicatos y la Central Obrera Boliviana son, al mismo tiempo, sus órganos políticos elementales y, en los momentos altos de la lucha de clases, sus gérmenes de órganos de poder. Por el peso del campesinado indio, tiene un peso cualitativamente diferente que en Brasil (para no mencionar ya a la Argentina, donde el problema no se plantea prácticamente) la cuestión de la alianza obrera y campesina en su forma clásica (es decir, con el campesino sin tierra y el pequeño campesino). No se trata en Bolivia, en sentido estricto, de una reorganización sindical, ya que los sindicatos incluso se han dado un programa socialista revolucionario (fuertemente teñido, eso sí, del nacionalismo boliviano). Se trata en cambio de que ese programan o ha trascendido todavía a la forma de un partido de clase y de masas de los obreros bolivianos que sea a la vez un frente único de sus tendencias políticas y un marco orgánico de la alianza con el campesinado. Tal vez en Bolivia, más que en cualquier otro país, el progreso en la organización de la clase obrera adquiere una dimensión inmediatamente política, porque la mediación sindical ya ha tocado y mostrado repetidamente sus límites. Pero, cercada por Estados con burguesías

poderosas –Argentina, Brasil, Chile, Perú– y bajo la presión del imperialismo multiplicada por la propia pobreza del país, la clase obrera boliviana, más que ninguna otra, necesita ser apoyada por progresos sustanciales de la lucha del proletariado en los países vecinos para trascender los límites contra los cuales se estrella su heroísmo y su aguda capacidad de juicio político.

Un tercer tipo de reorganización estaría dado por el marco de las luchas revolucionarias en *Centroamérica*. Su punta más avanzada en el presente es, sin la menor duda, la revolución salvadoreña, tanto por el programa de la Coordinadora Revolucionaria de Masas y de las organizaciones que la integran, como por el grado de organización sindical y política de obreros y campesinos, el estado prolongado de movilización masiva de la población, el nivel armado del enfrentamiento de clase y el planteamiento de la cuestión de la insurrección y del poder como la dominante en esta fase del proceso.

El Salvador ha logrado resumir algunas de las experiencias más avanzadas de la revolución latinoamericana: la revolución socialista cubana, la revolución nicaragüense, las experiencias de huelgas generales, lucha armada y movilizaciones de obreros y campesinos con el programa de la revolución socialista, formas originales de la alianza obrero y campesina con apoyo del movimiento estudiantil, la combinación entre organización sindical de masas como fuerza política revolucionaria y formación de comités de base en los lugares de trabajo y de vivienda que engloban a toda la población trabajadora, la importancia y la fuerza movilizadora del frente antimperialista. Marca por ello un punto alto, programático y organizativo, que no puede ser ignorado por ningún proyecto de reorganización revolucionaria en cualquier otro país de América Latina.

El imperialismo ha comprendido esta situación y su significado. Se siente ahora más amenazado por ella que ayer por la lucha antisomocista. Ve el efecto multiplicador de El Salvador sobre Nicaragua. Cuando su salida "reformista" quiebre del todo, no permanecerá pasivo. Esto acrecienta los peligros, amenazas y obstáculos que deberá enfrentar la revolución salvadoreña.

El Salvador, al mismo tiempo, está dando los marcos y las formas de la reorganización revolucionaria para los países centroamericanos. Su lucha tiene una influencia directa sobre Guatemala, el país clave de la región por su desarrollo económico, la fuerza numérica de su proletariado y la experiencia y tradición políticas revolucionarias acumuladas.

La cuestión de la autorganización obrera y de su expresión política se plantea en estos países en forma diferente que en aquellos de desarrollo industrial intermedio (Brasil, Argentina, México, Chile, Colombia incluso). Ella se da indisolublemente entrelazada con la lucha armada e insurreccional, con las formas de la alianza obrera y campesina y con la organización sindical y de masas de los asalariados agrícolas. Pero las experiencias que se desprenden de esta combinación de formas de organización y de lucha no pueden ser consideradas excepcionales e intraducibles a otros países, sino que pueden generalizarse a partir del momento en que se reconoce al frente antimperialista, al programa socialista y a la autorganización de las masas como los tres componentes esenciales de la reorganización de las fuerzas de la revolución latinoamericana.

Nicaragua y su revolución son, evidentemente, quienes han abierto con su extraordinaria victoria las puertas para esta nueva fase de las luchas de masas en Centroamérica. Pero Nicaragua misma necesita imprescindiblemente, para sobrevivir e ir adelante, el progreso y la extensión de la revolución centroamericana que se presenta como una unidad de diferentes niveles interdependientes.

La reorganización centroamericana, finalmente, transmite para toda América Latina la experiencia viva de la importancia que tienen, por un lado, el *frente único de las fuerzas revolucionarias* con un programa socialista como polo de reagrupamiento de masas; por el otro, su combinación con el *frente antimperialista* concebido como medio para agudizar la crisis interburguesa y reagrupar fuerzas en torno al polo revolucionario socialista y no como "unidad antimperialista" con la burguesía "progresista" para recomponer su crisis sacrificando a ella las consignas de clase y las perspectivas socialistas.

No me opongo ni tengo la pretensión de hacer una "tipología" de las vías de reorganización del movimiento obrero y revolucionario latinoamericano. He querido sólo dar algunos ejemplos posibles de cómo en la diversidad de esas vías pueden encontrarse ciertas constantes que se presentan encada país o grupo de países bajo formas específicas.

12] DIVISIÓN Y REAGRUPAMIENTO DE LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS

El proletariado, en todos los países, se autodetermina como clase cuando rompe políticamente con el ala izquierda de los partidos burgueses, con la democracia radical pequeñoburguesa y constituye su propio partido.³ La conquista de esta independencia política, condición irrenunciable para la lucha por el socialismo, no es un camino breve y rectilíneo. No es un subproducto de la propaganda de las ideas socialistas ni de la acción política de los pequeños agrupamientos de vanguardia. Pasa por la acumulación de experiencias de lucha de la clase misma, a través de movilizaciones, huelgas, huelgas generales, insurrecciones, derrotas y victorias, que la lleva a través de su aprendizaje y su experiencia *vivida* a la comprensión y la fusión con las ideas del socialismo. Progresas a través de todo lo que estimule, facilite y acelere la iniciativa, la capacidad de pensamiento autónomo, la autorganización del proletariado y de las masas; es contenido por cualquier política que favorezca su pasividad o su sumisión frente al Estado, a sus decisiones, al pensamiento, las iniciativas o la protección de corrientes e instituciones de otras clases sociales.

La clase obrera latinoamericana debe aún conquistar, en la casi totalidad de estos países, su independencia política frente a la izquierda burguesa y pequeñoburguesa, y debe hacerlo en las condiciones esquemáticamente reseñadas en los puntos anteriores.

Bajo el signo de la crisis, la burguesía y el imperialismo preparan y llevan a la práctica su propia salida de clase en la actual coyuntura latinoamericana. Aventajan en esto al proletariado, cuya respuesta por países es todavía profundamente desigual y, casi en todos los casos, todavía sin un proyecto propio.

Pero, como se dice al principio de este escrito, la inversión del sentido de la corriente y el nuevo curso de la revolución latinoamericana son ya evidentes, pese a la diversidad de ritmos y de niveles por países.

En este marco se ubican las tareas de la reorganización del movimiento obrero. La respuesta a ellas abrirá, ha abierto ya, dos vertientes en las fuerzas políticas de la izquierda latinoamericana, dos grandes

³ "El proletariado no puede conquistar la dominación política, única puerta a la nueva sociedad, sin revolución violenta. Para que el proletariado sea lo suficientemente fuerte para vencer en el día decisivo debe formar —y esto Marx y yo lo hemos venido sosteniendo ya desde 1847— un partido separado, distinto de todos los otros y opuesto a ellos, un partido de clase consciente." F. Engels, en carta a G. Trier, 18 de diciembre de 1889.

corrientes en cuyo seno se reagruparán por necesidad objetiva las diversas y a veces opuestas tendencias existentes.

En la primera se ubican aquellas que privilegian la lucha por las demandas democráticas, sindicales y salariales y conciben la organización autónoma de la clase obrera y el progreso al socialismo como un corolario de esta lucha. No importa cuántas veces repitan la expresión "revolución socialista" en su programa y sus proclamas, dichas tendencias consideran que es preciso preparar o realizar su inserción en los procesos de "democratización" abiertos o possibilitados por la agudización de la crisis interburguesa y resisten, tratan de contener o se marginan de las luchas autoorganizadas de los trabajadores que según ellas conducen a un endurecimiento de los eventuales aliados "burgueses democráticos", a una postergación de las medidas de "democratización" política o a un retorno fuerte de los militares al primer plano de la política.

En la segunda corriente o vertiente se ubican, en cambio, aquellas tendencias que, sin negar la importancia de las conquistas democráticas y estimular cuanto las favorezca (sólo las sectas ultraizquierdistas de diversos colores se oponen a esto y proponen un "salto al socialismo"), colocan en primer plano la autorganización de la clase obrera como base de su independencia política y como eje de sus alianzas con los otros sectores explotados y, comprendiendo las raíces de la nueva violencia burguesa, preparar la comprensión, la acumulación de fuerzas y la organización de las masas para hacerle frente.

La contraposición entre consignas democráticas y consignas proletarias, entre tareas antimperialistas y tareas socialistas, como supuesta línea divisoria de la izquierda, es una polémica envejecida y, en el fondo, esquemática y sectaria. Renovada hoy, se prestaría a todas las confusiones, tanto en los reagrupamientos como en las delimitaciones. No pasa por allí el parteaguas de las fuerzas revolucionarias.

Dicho parteaguas pasa, en la teoría marxista y en la práctica social, por los programas, la estrategia y las tácticas que favorezcan y den prioridad absoluta, frente a las demás necesidades y tareas, de la lucha democrática y revolucionaria, ala *autorganización de la clase obrera* y a su *independencia política y sindical* frente a la burguesía y a su Estado.

Esa autorganización debe realizarse en las *modernas* y en parte *inéditas* condiciones de la lucha de clases que debe enfrentar el movimiento obrero en América Latina. En torno a ella como núcleo fuerte de la lucha de clases del proletariado, éste necesitará combinar, conforme a las condiciones específicas de cada país, las tareas democráticas, las antimperialistas y las socialistas. Pero el núcleo central de esa combinación es irrenunciable y distintivo con relación a todas las políticas y combinaciones que reanudan o prolongan, con diversos argumentos, la subordinación a la burguesía y a sus corrientes de izquierda nacional.

Esta línea divisoria no pasa entre unas y otras de las formaciones políticas de izquierda existentes, sean ellas socialistas, comunistas, trotskistas, maoístas, miristas (o sus variantes), antimperialistas u otras. Pasa *a través* de todas ellas, ha provocado ya algunas divisiones y reagrupamientos y determinará otros.

El frente único antimperialista y el frente revolucionario socialista son dos necesidades complementarias, no excluyentes, del progreso de la revolución en América Latina y en cada uno de sus países. Pero, como siempre, la condición de esa unidad es la claridad, no la confusión. Puede hacerse un vasto frente unitario en torno a las consignas democráticas que, en las condiciones presentes, no tardan en cubrirse de un matiz revolucionario.

Pero, como proceso paralelo y también complementario de clarificación política y preparación de la reorganización de la clase obrera, es igualmente necesario el reagrupamiento de todas las tendencias, corrientes y organizaciones que reconocen como primera prioridad de su programa la concepción de que reorganización del proletariado significa autorganización obrera e independencia política de clase conquistadas en las condiciones y con los métodos de la América Latina de los años ochenta.

Mayo de 1980